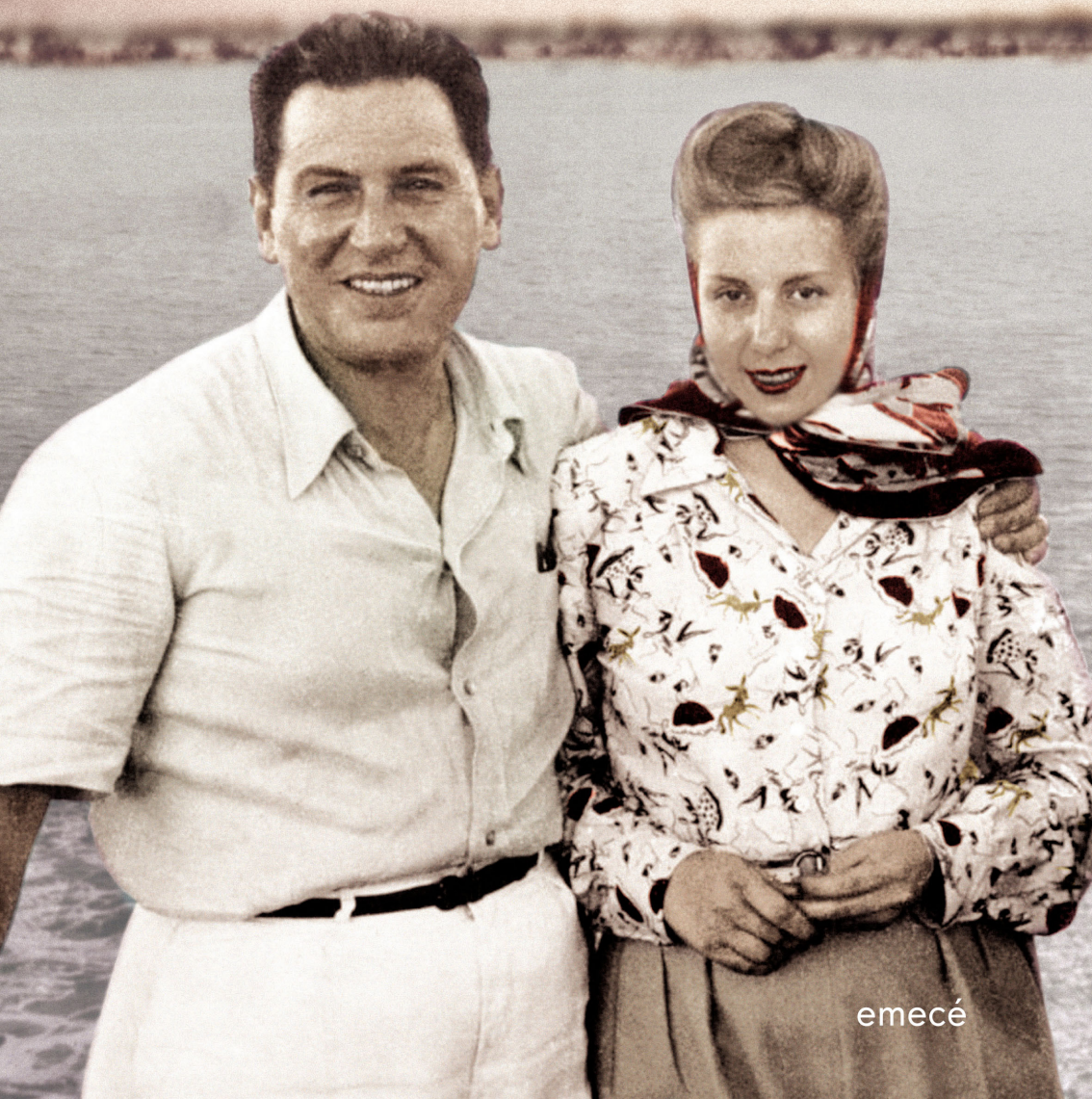


LA HISTORIA DE UNA PASIÓN
JAMÁS CONTADA

CYNTHIA WILA
EVA *y* JUAN



emecé

Cynthia Wila

Eva y Juan

Esta es una obra de ficción inspirada en hechos reales. Con excepción de algunos sucesos históricos puntuales, todas las circunstancias y los personajes están ficcionados. Cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

*El porvenir es tan irrevocable
como el rígido ayer.*

JORGE LUIS BORGES

Antes...

(Los hilos)

Juan Domingo Perón: en el nombre estaba escrito su destino.

Venía heredado de las mujeres de su familia; tenía las huellas de esa primera mirada de la madre, de sus primeros gestos, pero también de una abuela a quien el pasado no había tratado bien.

Quizás por esa sucesión ancestral de damas bravas, que con palabras y actos le dieron una vida de lecciones, él jamás pudo vivir sin una mujer.

Le habían puesto el nombre Juan por Juana Sosa Toledo, su madre. Y Domingo, en honor a su abuela Dominga Dutey, la uruguaya con mezcla vasco-francesa que lo crió en una escuela de la calle San Martín, cuando sus padres decidieron enviarlo a Buenos Aires demasiado temprano como para crecer sin miedos.

Entre las pocas ropas del pequeño, Doña Juana guardó una nota que había escrito para la suegra: «Le ruego que se ocupe de él. Y por favor, no olvide transmitirle la compasión por los que sufren».

Juancito no sólo se llevó la nota, sino también algunas marcas escondidas en su memoria. Sobre todo, un suceso que jamás olvidaría y que había quedado grabado como una epopeya.

Cierto día, un turco que vendía baratijas llegó hasta su vivienda desesperado y le pidió a su madre que lo salvara de morir. Tenía la cintura rodeada por erupciones que dibujaban

una especie de reptil lleno de ampollas sobre la piel. Estaba a punto de caer y quedar tendido en el zaguán; el dolor ya le había tomado la conciencia y decía cosas sin sentido.

Juana, que tenía en las venas sangre india, que había madurado rodeada de quienes han perdido todo y, sin embargo, no se dan por vencidos, desmontó su caballo y lo ayudó a entrar en la choza.

El lugar, humilde, no tenía más que unas camas de madera y algunas ollas para el puchero. Pero allí, el temple de la madre gobernaba. Era el jefe del hogar, el médico, el compañero de quienes necesitaban un consejo ensayado en las noches abiertas de campo. Provocaba respeto y mucho cariño. Con los años, su hijo aprendería de ella que el cariño era la mejor forma de respeto entre los hombres.

Los niños observaban al turco como si se tratara de un monstruo que venía a hacerles daño, y se alejaron varios pasos al verlo entrar colgado del hombro de su madre. Juana les ordenó que la ayudaran, que pusieran agua a hervir y trajeran uno de los sapos que solían esconderse al borde del aljibe. Recostó al enfermo sobre el colchón y con ojos avezados lo miró durante segundos. La cabeza de la culebra estaba a pocos centímetros de unirse con la cola. Debía darse prisa, de lo contrario el paisano moriría. Fue hasta el corral de las gallinas, cortó una pluma larga y regresó a paso ligero. Los chicos volvieron con el sapo entre las manos y las pupilas abiertas como un búho en señal de temor. Se quedaron parados a metros de la madre.

Juana frotó la barriga del animal sobre las heridas, en sentido contrario al progreso de la erupción. El sapo se desesperó y se hinchó como una bola roja. Ella lo dejó en el piso casi muerto, y luego tomó la pluma que ya había mojado en tinta. Escribió: «Jesús, María, José» en la piel del enfermo, de adelante para atrás sobre la cola de la víbora, y comenzó a rezar algunas oraciones en voz baja. El hombre gritaba de dolor. Al cabo de unos minutos, Juana se alejó hasta la cocina, vació el agua hirviendo en una taza grande, le echó unos yuyos y varias rodajas

de limón. Se la dio a beber al turco de a sorbos muy pequeños, y entonces el hombre se calmó.

A la semana, volvió a la choza para darle las gracias por haberle salvado la vida.

* * *

A la edad de veinte, Don Mario Perón, el papá de Juan, ya había sido nombrado Juez de Paz en la ciudad de La Plata. Amén de haber vivido la mayor parte de su infancia sin compartir techo con Tomás Liberato Perón —su padre—, había heredado sus emblemas.

Era decente, riguroso y audaz. Poco después, se trasladó a la localidad de Lobos y se cruzó con un amor. La mirada tehuelche de Juana Sosa Toledo lo cautivó en una plaza, una tarde donde el sol brilló con intensidad sobre su pelo negro. En su familia se mezclaban los indígenas «pacificados» por el General Roca y criollos oriundos de Santiago del Estero.

Ese día, con apenas quince, la joven intentaba desplegar simpatía en la feria. Iba y venía moviendo las caderas, sonriendo, haciendo reverencias; todo con el fin de vender los pastelitos fritos que su madre había preparado para ayudar con algunas monedas al hogar.

—El mozo de ojos azules es el hijo de un político importante —la codeó su amiga al pasar frente a un grupo de muchachos que conversaba bajo la sombra de un árbol.

Juana se acercó a ellos.

—Llevo los pasteles más deliciosos del pueblo —inició con una sonrisa.

Mario Perón la observó en detalle. Ojos hundidos, pómulos altos, labios finos; la tez rojiza irradiaba algo exótico. La parada valiente, sin embargo, ocultaba un rasgo de fragilidad indígena que él captó y lo sedujo al instante. Tuvo ganas de llevársela lejos, de abrazarla.

—Deme cuatro, yo invito —soltó de pronto.

Juana los envolvió en un trozo de papel.

—Acá tiene, señor. Se va a acordar de mí cuando los pruebe —cerró con otra sonrisa. Y siguió su camino.

—Estos son los que quedaron —dijo Carlos, mientras se chupaba la miel del pastelito que resbalaba por sus dedos. Todavía recordaba sus miedos infantiles de los tiempos del malón; lamentaba que Roca no hubiera terminado con toda la indiada que quedaba dando vueltas—. Y ahora los tenemos mezclados entre la gente —continuó con desprecio.

—Tené cuidado de no contagiarte —agregó Mario en tono seco, con un ademán que señalaba el pastel.

—¿De qué?

—De la enfermedad de los indios. ¿Nunca lo escuchaste?

Los otros dos, que conocían a Perón y sabían de su carácter, estaban mudos.

—No... —pronunció Carlos y tiró el pastelito al suelo. Se había puesto blanco de repente.

Mario le apretó el brazo y se acercó más a él para hablarle al oído.

—Dicen que estos salvajes contaminan la comida de los criollos para llenar el cuerpo y el alma de un espíritu maligno —lo miró—. Pero a vos no te hacen falta brujerías, porque tenés el corazón lleno de mierda.

Escupió al lado de sus zapatos, y se marchó.

Se cruzó con Juana segundos después, luego de haberla buscado con la vista por el parque.

—¿Cuántos pasteles le quedan, señorita?

Ella escuchó la voz a sus espaldas. Se dio vuelta y los ojos azules del mozo se achicaron al compás de una sonrisa.

Era la época cruel donde los aborígenes debían someterse a la obediencia, soltar sus tierras, sus ritos, ahogar sus alabanzas en el nudo de una soga al cuello. No sólo se los había despojado de las tolдерías y de su cultura; más allá de la sangre que pro-

vocó el conquistador sobre su pueblo, en sus rasgos había quedado impreso una marca, un estigma, un destino de agravios.

A pesar de eso, el romance entre Juana y Mario se inició igual luego de haberse cruzado por primera vez. Un peón conocido de él les prestó el lugar. En la habitación de ese rancho de adobe el piso de tierra estaba frío. Era de día, muy temprano. Sus ojos claros se quedaron fijos al verla llegar. Llevaba un vestido color ciruela que parecía cosido a su piel cobriza. Era morena y bella, como la tierra fértil. Los mechones de pelo caían en desorden sobre el rostro, ocultando sombras de temor y de vergüenza. Porque la joven sabía que juntarse con ella era mal visto, que el amor entre indios y criollos implicaba una condena segura.

No tardaron en quitarse la ropa y juntar esas bocas hambrientas que pedían conocerse desde que se habían visto. Juana era chica, inexperta. Pero irradiaba la pasión de sus ancestros. Y él sintió un deseo oscuro que apretó en su entrepierna y que ya no lo dejaría libre.

Cuando su madre se enteró del enredo con la india, pegó el puño a la mesa.

—¿Estás loco?! —le dijo.

Dominga Dutey tenía carácter fuerte. Rodeada por las sombras de una vida difícil, no obstante había llevado adelante a su familia casi sola; hasta que Tomás Liberato Perón decidió poner su firma en el Registro Civil y convertirla en una mujer honrada luego de años de relación clandestina.

—¿Cómo me dice esto? —le salió al cruce Mario—. ¿Acaso usted no soportó la furia de su suegra cuando decidieron amarse con nuestro padre? Mejor que nadie conoce esa postura. ¿Ahora quiere ponerse igual conmigo?

Era cierto. Ann Hughes la había odiado desde el primer momento. Pero Dominga no era fácil de doblegar con ejemplos ajenos, por más que, en este caso, se tratara de ella misma.

—Lo que pasó en nuestra vida es cosa de su padre y mía. Pero ¡esto! ¡Usted!, el hijo de un médico prestigioso, de un político importante, ¿enamorado de una sirvienta china?!

—No me eche encima los títulos de mi padre, yo también soy alguien destacado en este pueblo. Estoy enamorado de una india, no de una cualquiera. Y además, tengo edad suficiente para elegir —cerró Mario. Y desapareció de escena.

A pesar del repudio de los criollos, la pareja desafió los embates de la sociedad y continuó su relación con un apego que se ganó la indiferencia del pueblo.

Sin haberse casado, vivían en un rancho humilde ubicado en el interior de un lote; dos habitaciones, techo de zinc, paredes de adobe. Allí nacieron tres hijos: Avelino Mario, Juan Domingo y Alberto, que murió al poco tiempo, en 1899, el mismo año en que falleció su abuelo, Tomás Liberato, el padre de Mario Perón. Como eran ilegítimos, los niños llevaban el apellido Sosa, de la madre. Y eso también era mal visto.

Mario iba y venía de Lobos a Roque Pérez, arreando partidas de ovejas y aportando el producido de las ventas a la mesa del hogar; Juana quedaba al cuidado de los niños, las gallinas y los chanchos. No era fácil estar sola, sin el jefe de familia, en ese pueblo donde la despreciaban.

Los hombres, que por entonces tomaban la punta de su sombrero en señal de saludo formal ante el paso de una dama, la miraban mal. Pero en general, las lenguas más filosas venían del lado de las mujeres, que solían tratarla de manceba en sus narices.

Una tarde, Juana volvía del Almacén y Fonda *La Aurora* acompañada de sus hijos. Iban a pie, cargados de comestibles y bebidas. Ya habían pasado la entrada de madera verde de la pulpería, cuando escucharon un silbido molesto a sus espaldas. Ella ordenó a los niños que no se dieran vuelta. El paisano insistió una vez más. Y luego otra. Había estado bebiendo durante horas junto al mostrador de la pulpería, donde su dueño pasaba copas llenas de grapa por entre los barrotes de una reja. En las pulperías de campaña, la reja era señal de protección contra los

malandras que solían apremiar a los pulperos con un facón en mano. Este parecía uno de ellos, y ahora andaba borracho justo detrás de Juana y de los niños.

—¡Abran paso! ¡Abran paso! —gritó de pronto—. ¡Acá va la china que calienta la cama del *dotor*!

Juana continuó firme, sin volverse.

—¿Usted no escucha que la llamo? —se adelantó el gaucho hasta quedar de frente.

—No me moleste —le dijo ella con desprecio.

—Vamos... le juro que le va a gustar... —agregó él con ironía mientras que, tambaleándose, alcanzaba a tocarle un mechón de pelo.

Juana lo apartó con un movimiento brusco.

—Fuerte había sido —continuó el hombre entre risas. Y se acercó más a ella para manosearla.

Avelino miraba el suelo con la cabeza gacha, muerto de miedo. Pero su hermano tenía las mejillas rojas, llenas de furia. Todo pasó en cuestión de segundos. Juancito soltó las bolsas y corrió unos metros hacia atrás donde había visto una piedra en medio de la calle. La tomó y arrojó con fuerza apuntando a la nuca del gaucho, que dio media vuelta sobre sus pasos y cayó al piso. El desmayo ocurrió producto del alcohol más que por el golpe. Pero el niño de cuatro años sonrió triunfante, creyendo que lo había derribado.

En 1901, Mario y Juana decidieron casarse. Y así, dieron el apellido Perón a sus hijos. A ellos les bastaba con la adoración que se tenían, pero Dominga Dutey, que había vivido años un amor al margen de la ley, no paraba con los sermones con el fin de incitarlos al compromiso. Y terminó empujándolos al matrimonio.

La muerte temprana de sus hermanos, uno de ellos —Alberto— producto de maniobras militares en Córdoba, y el otro —Tomás Hilario— de un tiro en la cabeza por suicidio, más el desprecio

constante de la gente, animaron a Mario para irse. Antes de que los niños iniciaran la escuela primaria, se marcharon al Sur patagónico, donde estaba en auge la cría y esquila de ganado ovino.

Por haberse criado a saltos, entre su casa de Buenos Aires y las visitas al campo acompañando a su padre en las prácticas rurales para curar enfermos, Mario Perón se acostumbró a la vida nómada desde muy joven. Y en esos campos secos actuó como un patriarca; en especial, enseñó con rigurosidad a sus hijos a observar la dignidad de la gente.

Los niños ahora enfrentaban un doble desarraigo: no sólo dejaban atrás las cacerías de patos cerca de la laguna, los suelos gentiles de la pampa, los paseos a caballo bordeando un horizonte lleno de enigmas, ahora también debían acomodarse a lo inhóspito del Sur. Y ahí aprendieron a conocer el frío.

La primera lección se las dio el cuerpo: los dedos de los pies se congelaban y el frenesí campero comenzó a detenerse. Las ganas se ajustaron al invierno; el termómetro que marcaba temperaturas bajo cero grado se llevaba puestos los juegos al aire libre y, por ende, traía más soledad. Entonces la niñez se hizo triste, en un clima impiadoso donde los mejores amigos, los únicos amigos, eran los perros.

Una mañana helada, el viento espoleaba su furia sobre la Patagonia. Era el típico viento soberano, que sin frenos azota la porción más fina de América del Sur dejándola más lejos del mundo todavía. Llegó hasta la estancia de los Perón un tehuelche que había andado durante horas con su caballo a la intemperie. Tiritaba.

—*Mari-mari* —lo saludó Mario. De inmediato lo hizo pasar y le ofreció mate cocido, bien caliente.

Juana ya estaba de pie haciendo las tareas del hogar: avivaba el fuego de los leños, ponía a calentar baldes de agua para lavar la ropa y limpiaba una gallina para el almuerzo. Los niños todavía dormían.

—Mi nombre es *Nikol man* (Cóndor volador). Perdón que me aparezca así —se excusó el indio—, es que dicen que usted

es hombre bueno. Como ve, *Koshkil*, el viento patagónico, está furioso estos días y me dejó sin choza. Mi familia no tiene comida.

Juana lo miró desde lejos. Se trataba de un hombre joven, de metro ochenta y miembros macizos. Pero las arrugas en su cara mostraban dolor, como el látigo que abre la piel y deja marcada una herida imborrable.

Mario le pidió unos segundos antes de continuar. Era hijo de un médico higienista que había dedicado su vida a calmar el sufrimiento de la gente. Y además, estaba casado con una descendiente aborígen; conocía y sufría la marginación de los indígenas a quienes, bajo el mote de ladrones y asesinos, les habían saqueado el destino con la mayor crueldad.

Fue hasta el cuarto de sus hijos, los despertó y ordenó que lo acompañaran: «Quiero que escuchen esto», les dijo.

De nuevo frente al indio, le pidió:

—Cuéntenos qué pasó.

Avelino y Juan, parados bajo una manta que los cubría del frío, se restregaban los ojos para despabilarse.

—Como le dije, el mal tiempo se llevó la tolдерía completa, estamos cabeza al cielo. Y vino un señor blanco, que dice ser dueño de la tierra, y se llevó el ganado. Nos quedamos sin nada. Busqué refugio para mi mujer y mis hijos en la boca de una montaña. Pero necesito ayuda antes que *Koshkil* dé la vuelta y me los mate.

Mario clavó la vista en los chicos que habían quedado inmóviles. Si bien no comprendían muy bien de qué estaba hablando el señor grande —casi un gigante para ellos—, prestaban atención, como les habían dicho.

—¿Saben por qué en el campo la soledad es más grande que el horizonte? —alzó la voz el padre. Los niños estaban mudos—. Porque Roca asesinó a los únicos seres humanos de esta llanura.

Parado al borde de la ventana, la luz del nuevo día hacía foco en la espalda del indio. Su sombra se proyectaba como un fantasma sobre el piso y lo volvía más enorme de lo que era. No

se movió, pero en los ojos profundos podía verse el lado más triste de su alma.

Mario volvió a mirarlo.

—Pueden quedarse acá —le anunció—. Construiremos una vivienda y les daré algunos chivos para empezar de nuevo.

—*Nakel* —dijo el indio con parquedad. Sin embargo, ese gesto hosco, imperceptible, denunciaba una profunda gratitud.

—De nada. Ahora vamos a buscar a su gente.

Heredado de su padre, Mario Perón perseguía un sueño al servicio del bien. Había llegado hasta los inviernos de Río Gallegos atraído por la dureza patagónica, pero también movido por una tendencia a la soledad que estaba en su sangre desde el origen, y que legaría a sus hijos sin darse cuenta. Su espíritu perseverante y luchador animó a la familia para adaptarse a ese mundo ancho de viento y arena en donde el hombre debía resistir peleando contra el ambiente para no morir.

Como administraba estancias, Juana se mudaba con sus hijos de un campo a otro para seguirlo. Y mientras él se ocupaba de la tierra, ella lo hacía de la gente. Atendía a los enfermos, ayudaba en los partos a las mujeres; era tenaz, de porte autoritario y sonrisa buena.

La pareja organizó el estudio de sus hijos a manos de un viejo maestro, duro en clase pero tierno en la vida. De esa manera, los chicos templaban su carácter con el rigor del deber y ablandaban el corazón ante quienes padecían injusticias. Porque tal como habían sufrido los indios hacía años, ahora sufrían los peones debido a la fatiga de la jornada laboral que a veces duraba catorce horas sin descanso; con mujeres y niños que también se empleaban para poder comer.

Para 1904, una vez más debieron marcharse pues Mario había quedado de nuevo sin empleo a causa de la venta de la estancia que administraba. Terminaron en el centro de Chubut, en la finca *La Porteña*; Mario como jefe de las cuatro leguas del

predio ganadero, Juana a cargo del hogar y de los niños. Pero esta vez habían decidido algo distinto: el pequeño Juan iría a estudiar a Buenos Aires.

Lo enviaron a casa de la abuela Dominga, que vivía en el segundo piso de una escuela dirigida por las hijas que había tenido en su primer matrimonio, antes de enredarse con Tomás Liberato Perón.

María Baldomera y Dionisia Bautista, las tías de Juan, eran maestras, solteras, jamás se habían separado de la madre y de ahora en más se harían cargo de la educación de su sobrino con extrema devoción.

El cambio fue abrupto. De vivir libre en la inmensidad de los campos secos, Juan pasó a la rapidez de la capital del país, a las revueltas de sus compañeros de clase y, también, a la disciplina exagerada de dos tías que lo miraban de cerca para instruirlo.

Primero había tenido que olvidar el campo bonaerense y acomodarse a la soledad patagónica, aprender a soportar heladas, ahuyentar a los pumas que asaltaban las ovejas, inventarse un mundo sin amigos donde los peones eran los únicos compañeros de aventuras. Y ahora, en la gran ciudad, los pumas se convertían en cientos de personas desconocidas, la vida serena e inmensa se transformaba en una agitación cotidiana que parecía reducir su espacio, y la naturaleza estaba llena de edificios, calles, adoquines, ruidos extraños a su costumbre, griterío y luchas juveniles que no tenían como fin ganar un embate contra el frío.

Juan no sólo debía adaptarse a un escenario distinto, también debía transformar la autonomía de sus primeros años en la conducta normativa que le imponía la exigencia estudiantil.

Desde que tuvo memoria, el niño jamás conoció momentos para la vida privada que en general suelen tener las familias. Los días en el Sur se mezclaban con el trabajo, con peones que vivían entre ellos, paraban a comer en su chacra y relataban cuentos que luego quedaban como parte de su propia historia. Y en Buenos Aires pasaba algo similar, porque Juan vivía en

una escuela, con el bullicio de chicos que entraban y salían, que corrían por ambientes que en realidad debían destinarse sólo para él, pero estaban ahí para ser compartidos con los demás.

Por las noches, durante los primeros meses, el joven lloraba solo en su habitación. Sentía que sus padres lo habían abandonado, que le habían arrancado la felicidad de repente, para siempre. Y no entendía por qué.

Tenía recuerdos de las tardes a caballo con su madre, de la mirada tierna y sus caricias, de los juegos al sol con Avelino simulando peleas de gauchos con el facón, de la fogata nocturna y los versos de *Martín Fierro* que su padre repetía y él se guardaba en la memoria. Estaba quebrado, alejado de su gente, en una vida citadina que detestaba y, sin embargo, no le quedaba otra que asumir.

Vulnerable, introspectivo, taciturno. Así se estaba formando la cabeza de aquel niño a quien el destino le había dado y quitado –en igual proporción– hogar, aventuras, modelos a seguir. El chico de entonces, vivaz, arriesgado, alegre, fue desapareciendo. De a poco, la mirada se fue poniendo oscura y se vació de emociones. No obstante, en su sangre había mezcla de valientes: hombres que amaron a señoras incorrectas desafiando las críticas de su época, y mujeres corajudas que se habían puesto al hombro la familia.

Con el tiempo fue adquiriendo liderazgo entre un grupo de amigos donde él mandaba y los demás obedecían. De este modo, en medio de algunas travesuras que intercalaba con esa educación exigente, entró en la adolescencia forjando un carácter duro, sometido a las reglas.

Para 1911, Juan ya se había convertido en un muchacho serio, delgado, de rostro atractivo heredado de su estirpe, con unos ojos profundos que rara vez delataban sus ideas.

Perseguido, quizás, por la influencia imaginaria de un abuelo que había servido en el Ejército y a quien sólo conoció a través de libros, a instancias de Dominga, el nieto se incorporó al Colegio Militar, por entonces en la localidad de San Martín. Otro

destierro: ahora lo entregaban a la Patria. Sólo que esta vez la idea lo sedujo y estuvo de acuerdo en partir hacia el cuartel.

A pesar de no ser tan brillante en los estudios, se destacó en el deporte, en especial en fútbol, boxeo y esgrima. Y sobre todo, en esa amabilidad exagerada que imponía respeto y admiración.

Entre tanto, visitaba a su familia en el Sur y allí reencontraba los olores campestres que habían diseñado su infancia. Montaba en pelo su caballo Negro, cazaba liebres con escopeta, también patos y perdices, y acompañaba a su padre en las visitas a pueblos vecinos para repartir ropas y alimento entre los humildes.

—¿Por qué estamos entregando también nuestros abrigos, papá? —preguntó un día a Don Mario.

—Porque ellos se mueren de frío. Y además, porque sólo dando se conserva todo lo que das.

Al igual que en su niñez, Juan sintió de nuevo el impacto que solían tener las palabras de su padre. Mario Perón tenía un decir tranquilo, pero contundente. Y su hijo jamás olvidó hacia dónde apuntaba su enseñanza.

* * *

El cuartel resultó su lugar predilecto. Juan disfrutaba de la tarea exigente que imponía la práctica militar, que comenzaba a las cinco de la mañana y finalizaba tarde. La seguía al detalle, generando asombro y admiración en sus compañeros. No era fácil de soportar el imperativo de los superiores, que los obligaban a pasar revista en barracones incómodos y condiciones duras. Pero él siempre acudía impecable y puntual.

A pesar de haberse convertido en un joven bien plantado, acorde con las enseñanzas de un padre riguroso, la vida con su abuela Dominga y esas tías rectas y detallistas, había dejado en su personalidad algunos aspectos propios del encanto femenino: pulcro al extremo, vestía con buen gusto, sin arrugas en las prendas, y su cuarto jamás estaba en desorden. Era tan obsesivo, que no permitía que nadie lo visitara antes de limpiar la habitación.

En la mesa de luz guardaba un reloj de bronce que había pertenecido a su abuelo, el médico importante, un retrato de Juana, su madre, el ejemplar del *Martín Fierro* y los diez tomos de las *Vidas Paralelas* de Plutarco que le había obsequiado su papá, una serie de las biografías de personalidades griegas en oposición a otras romanas. Con gran número de anécdotas y pasajes históricos, el autor extraía el carácter moral de cada personaje. En esos libros, Juan Perón buscaba modelos de héroes virtuosos de la antigüedad; aunque por entonces no se diera cuenta, él ya estaba deseando ser un líder.

Era noche de sábado.

Como todos los fines de semana, estaba en el gimnasio. Mientras sus compañeros aprovechaban los días de descanso para salir y divertirse, él se pasaba horas encerrado para entrenar.

Cuando entró Miguel Moreira, Juan practicaba golpes de puño al aire.

—¿Vas a parar un rato? —le preguntó su amigo cerca del ring. Juan lo miró y continuó la práctica.

—¡Che! Te estoy hablando —insistió Moreira.

Juan se acercó hasta las cuerdas.

—¿Qué pasa, Miguel, no podés verme tranquilo?

—¿Tranquilo? —ironizó.

—Bueno —sonrió Juan—, sabés que esto me calma.

—Sí, pero ya está bien. Hace tres sábados que te quedás en el cuartel. La vez pasada te perdiste una grande; la de hoy, no te la perdés. Vamos.

—¿Adónde? —preguntó.

—No preguntes tanto y seguime.

Juan enderezó su columna y lo miró desde arriba achicando los párpados.

—¿Qué estás planeando, Miguel?

—Que te despejes un rato. Dale, vení conmigo.



Dasha Petriev tenía diecisiete y era hermosa. Había pisado suelo argentino hacía dos años, luego de pasar más de un mes junto a su hermana menor de contrabando en una nave gigantesca, que atravesó el océano para salir de Rusia.

Zivon Petriev, el padre, pianista de profesión, había puesto una partitura en sus manos desde pequeña, y así la contagió de su pasión por la música clásica. El hombre integraba una orquesta que solía tocar para las fiestas de la aristocracia, a veces en la mismísima corte.

En ese tiempo, el poder autocrático del zar gobernaba por decreto: era el jefe del Ejército y su persona se consideraba sagrada. No admitía cambios políticos, sociales ni económicos. La clase media prácticamente no existía y los campesinos se morían de hambre producto de los altos impuestos.

Debido a que las reuniones obreras estaban prohibidas, algunos movimientos revolucionarios comenzaron a organizarse de forma clandestina. Anarquistas, liberales y marxistas empezaron a luchar desde las sombras, pero Nicolás II, el monarca, se negaba a ceder el poder.

El viejo calendario juliano, que aún regía en Rusia, señalaba el 9 de enero de 1905. Fue un domingo sangriento. La manifestación pacífica dispuesta por un cura ortodoxo que se plantó frente al Palacio de invierno del zar en San Petersburgo para expresar el descontento del pueblo, terminó con miles de personas muertas debido a la reacción violenta disparada por los cosacos. Tras una sucesión de nuevas revueltas, el zar prometió libertades civiles y ampliación de la ley electoral para abrir el parlamento. Sin embargo, el sufragio se restringió a las clases altas y la familia imperial continuó manejándose a su antojo.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, la economía rusa se concentró en abastecer el frente militar, y las consecuencias pesaron sobre los campesinos. Recién en 1917, la revolución

lograría acabar con el poder del zar y su despotismo. Pero para eso todavía faltaban años.

Entre tanto, los Petriev vivían de las pocas monedas que Zivon cobraba en los conciertos, que apenas alcanzaban para pagar los estudios de su hija mayor y para comer.

Muchos de sus conocidos estaban afiliados a alguno de los partidos revolucionarios secretos, y lo incitaban a hacer lo propio bajo una forma de amenaza encubierta: «МЫ ВСЕ В ЭТОМ» (*My vse v etom*, Todos estamos en esto), decía el encargado de reclutar hombres para el movimiento anarquista.

Si bien la intimidación no era directa, sonaba como una advertencia conocida. Era sabido que esos grupos tenían por costumbre provocar la unión de los obreros a sus filas utilizando dos estrategias: el contagio por el desafío insurgente a través de los discursos agitadores contra el gobierno, o el chantaje explícito aludiendo a la seguridad de la familia.

Pero Zivon era músico, y no tenía ningún aspecto sedicioso. No obstante, había escuchado de boca de unos amigos que los rebeldes hacían lo que fuese con tal de llegar a su propósito, hasta secuestraban hombres y mujeres adolescentes con el fin de prepararlos para la agitación.

Dasha tenía quince: ya estaba en edad de ser incorporada. Y aunque la menor de sus hijas fuera chica todavía, los anarquistas no se ahorrarían la oportunidad de llevársela como un acto más de presión contra él.

Convenció a su mujer y lo decidieron: las montarían en un barco para sacarlas de ahí y evitar el desastre. Tenían algo de dinero ahorrado, pero sólo alcanzaba para ellas.

Llegó el día y la madre se negó a acompañarlo hasta el puerto; el corazón latía destrozado. Les dio pan, manzanas y huevos envueltos en un paquete que armó la noche anterior, mientras todos dormían. Las tres se despidieron en un abrazo que duró los segundos de un llanto sin consuelo. Y se fueron con el padre de la mano, la cabeza gacha mirando el piso, de un hogar al que no regresarían.

Por contactos con un marino, Zivon entregó sus únicos rublos y logró escabullir a Dasha y Tiana entre los bultos de la nave que, una tarde de 1909, partió rumbo a América, sin imaginar que jamás las vería de nuevo.

* * *

Buenos Aires había adquirido el estilo arquitectónico de las capitales más bellas del mundo. La Avenida de Mayo, como muchas otras en esos tiempos, tenía el aspecto del típico boulevard francés, con plazoletas centrales y edificios imponentes terminados en cúpulas suntuosas. Pero hacia finales de 1911, se había convertido en un caos. Abierta al medio como las páginas de un libro, se llenó de hierros, máquinas y obreros para la construcción de la Línea A de subterráneos, cuyo primer tramo recién se inauguraría dos años después.

La Avenida era símbolo de la modernidad, en una ciudad que había eclosionado desde el comienzo de la inmigración que llegaba a raudales a su puerto. Los barrios se colmaron de viviendas sociales improvisadas –conventillos–, donde se instalaron italianos, españoles y polacos. Y los márgenes del centro también se llenaron de prostíbulos.

En las últimas décadas del siglo XIX, la capital se había convertido en el paraíso de la trata de blancas, repleta de mujeres europeas que poblaron los burdeles. No sólo eran explotadas en prostíbulos; también lo serían en fábricas, frigoríficos y cualquier otro lugar de trabajo donde por entonces carecían de derechos.

Varias campesinas, en general judías, habían llegado hasta Buenos Aires engañadas por los proxenetes de una organización internacional llamada Zwi Migdal; otras, como Dasha Petriev, venían escapando de los regímenes despóticos de sus países y sólo les quedaba ese camino para poder alimentarse en una tierra nueva.

Esta forma de esclavitud las obligaba a firmar un contrato que comprometía a entregarles un porcentaje de las ganancias

a sus «dueños». Y así, apenas pisaban el puerto, dejaban de ser libres y pasaban a propiedad de los explotadores. Alejarse o huir implicaba la denuncia como prófuga. Y a veces la muerte.

Dasha Petriev vivía con su hermana en un conventillo de San Telmo en medio de inmigrantes que hablaban diferentes lenguas. Los conventillos eran casas enormes donde cada familia se acomodaba como podía en un mismo cuarto, dividido por biombos o cortinas improvisadas que buscaban algo de intimidad. En el centro, un gran patio; lugar de reunión y chismerío. Allí se borraban las fronteras, se imponía la costumbre del tuteo y la confianza exagerada. Para los inmigrantes llegados de una Europa superpoblada y cruel, era difícil contentarse con esa vida novedosa que les donaba libertad a cambio de mucho sufrimiento. Y a veces el olvido resultaba la mejor opción. Muchos lo decidían y dejaban de hablar de su historia, como si obstruyendo el relato opacaran los recuerdos. Otros hacían nuevos amigos a fuerza de anécdotas repetidas en idiomas raros, difíciles de comprender, que se convertían en la única forma de sostener algo del pasado y tramitar el dolor por el desarraigo.

En busca de una salida posible de la vida marginal, algunas jóvenes abandonaban el refugio durante la noche para trabajar en los cabarets que se habían puesto de moda en la ciudad.

En el prostíbulo, los números musicales que interpretaban el tango servían de excusa, eran la antesala perfecta de la oferta sexual que se concretaba en las habitaciones del fondo o de la planta alta. Para estas mujeres extranjeras, que habían perdido su hogar, sus amores y su tierra, el ámbito prostibulario se tornaba el gran organizador de los afectos.

Dasha no tuvo tiempo de evaluar alternativas: Tiana había contraído tuberculosis durante la travesía en mar abierto y ella debía conseguir dinero para medicación y alimentos. De lo contrario, su hermana moriría.

«Los de la Zwi Migdal te secuestran, te violan y te subastan; no dejes que te agarre esa gente», le advirtió a Dasha su com-

pañera de cuarto, Nicolle Abdas. En cambio, le sugirió ver a la administradora de un club nocturno clandestino, de esos que no pagaban impuestos y por eso eran perseguidos por las autoridades y repudiados por las noticias gráficas de la época. Nicolle había trabajado allí hasta hacía meses, pero debió interrumpir porque había quedado embarazada de un cliente.

Se trataba de Marionne Trucott, una francesa de aspecto temerario que llevaba adelante uno de los sitios más sofisticados del momento, en donde circulaba la mercancía proveniente de la trata de blancas entre Francia y Buenos Aires. Sus muchachas debían ser hermosas y diligentes; jóvenes de calidad. Porque las «polacas» del barrio de La Boca costaban dos pesos a los consumidores; pero allí, las extranjeras de clase valían cinco.

Dasha, que ya hablaba español y conocía bastante la ciudad, llegó hasta un edificio de la calle Bartolomé Mitre al 300. La hizo pasar una joven de aspecto tierno, vestida con túnica blanca y sandalias de cuero. Le indicó el sofá en el extremo de una sala inmensa decorada en mármol claro. Sólo algunas sillas altas tapizadas, la barra con forma de óvalo en el centro, cortinas gruesas de frunces alineados y un silencio sepulcral que indicaba respeto.

Pasados treinta minutos de su llegada, una mujer esbelta, de cabello corto, salió de una habitación. Apenas abrió la puerta, se detuvo para mirar a Dasha desde el umbral. La joven levantó las cejas y quedó inmóvil frente al escrutinio, sin respirar.

Ojos claros como el mar, piel lozana y rostro suave. El lunar negro sobre la comisura de los labios rompía su imagen etérea y la volvía salvaje. Un ejemplar de la naturaleza hecho a la medida de este sitio, pensó Marionne.

—Madame Trucott —se acercó y le extendió la mano.

—Dasha Petriev —hizo lo propio ella con tono amable.

—¿Petriev? —pronunció la dama inclinando la cabeza—.

Ce n'est pas un nom français (No es un nombre francés) —concluyó en voz alta.

—Soy rusa, señora —se adelantó Dasha, que entendía perfecto el francés.

—*Qu'est ce que c'est?* (¿Qué es esto?) —miró a la chica que había abierto la puerta de entrada y venía detrás de ella.

—*Elle est la femme envoyée par Nicolle* (Es la chica enviada por Nicolle) —contestó la joven.

Marionne volvió a mirar a Dasha con detenimiento.

—Párate y quítate el abrigo —le ordenó en español.

Ella obedeció y se puso de pie. La mujer observó recalando en cada detalle. Tomó los extremos del vestido y los ajustó a su cintura. Era delgada, como a ella le gustaban.

—¿Edad? —preguntó mientras le olía el cuello.

—Dieciséis.

—¿Dónde vives?

—En San Telmo.

—¿Qué instrumento tocas?

—Piano.

—Si quieres trabajar, te quedarás aquí.

—Quiero trabajar, señora, pero no puedo quedarme —soltó Dasha—, vivo con una hermana menor que está muy enferma.

—Entonces no hay acuerdo. Vete con los de la Migdal —sentenció Trucott con un ademán despectivo de su mano. Y dio la vuelta para irse.

—¡No!, se lo suplico —gritó Dasha desesperada. Pero Marionne no se detuvo—. Está bien, está bien —agregó sin pensar—. Me quedo.

Los cabarets de la época tenían grandes salones, una pista de baile, una barra y muchas mesas decoradas con estilo. Algunos se habían convertido en el centro de diversión nocturna más importante para la clase alta; los ubicados en la zona del Bajo, eran el sitio preferido de la bohemia porteña y los marineros que arribaban de distintos países al puerto de la capital.

Solían presentarse números musicales de tango, cuplés, polcas y valsos para incitar al baile. Aunque a veces asistían con su pareja, la mayoría de los habitués eran hombres solos que iban a escuchar a sus artistas favoritos y a bailar con alguna milonguera. Después de la diversión, se la llevaban a pasar una noche de sexo.

Esas muchachas, salidas de barrios pobres, atraídas a veces por la ambición de la vida cosmopolita y otras a fuerza del engaño, terminaban creyéndose la leyenda romántica del otro mundo, el de los burdeles, y así, traicionaban el origen de un buen hogar.

Por los burdeles circulaban tres tipos de mujeres distintas: las cantantes consagradas; las coperas, que acompañaban a los clientes en la bebida y luego les vendían su cuerpo, y las que habían logrado prolongar su relación con el cliente, convertirse en su amante y mantenida.

Como la competencia era feroz, Madame Trucott decidió armar un cabaret de elite en su casona del centro, sólo para gente de la aristocracia. Por ende, no se permitían las relaciones estables ni tampoco había lugar para el tango, que había nacido en los arrabales de la ciudad y recreaba elementos del candombe y otros bailes de los negros porteños. No. Marionne buscaba algo superior.

Se codeó con los *cafishios* que estaban en el negocio y les pidió que la proveyeran de jóvenes hermosas: todas debían ser rubias, delgadas, y saber tocar un instrumento musical.

Consiguió un contingente de señoritas provenientes de Francia que tenían las características requeridas para trabajar con ella. Y con el fin de no ser descubierta, implementó una forma sofisticada de disimular la prostitución clandestina que había organizado: formó una orquesta femenina que tocaba piezas de música clásica por las noches.

Así, en su casona del centro funcionaba un bar para personalidades selectas de la clase alta: banqueros, políticos y empresarios venían a tomar tragos y despejarse, mientras veinte mujeres distinguidas que componían un conjunto de cuerdas y un piano de media cola, ambientaban el salón de fantasía para ellos.

Luego de la medianoche, las damas bajaban del escenario y se mezclaban entre el público. Los clientes, ya en trance, elegían a la joven que los había seducido, la sentaban a su mesa, le pagaban unas copas y la invitaban a la cama. Madame Trucott los acompañaba hacia las habitaciones de la planta alta, especialmente diseñadas para la privacidad y el erotismo.

Hacía un año que Dasha había llegado hasta ahí, en un intento por salvar a su hermana que terminó muriéndose al cabo de meses, debido a que la enfermedad ya había tomado sus pulmones. Si bien el desenlace había sido trágico, ella no pudo llorar su pérdida como quería. Las chicas de su condición no tenían permitido el llanto, y en la casona francesa estaba prohibida la demostración de cualquier afecto fuera del ámbito sensual del dormitorio. Las jóvenes debían obedecer, sin sentir.

* * *

Era la primera vez que Juan Perón visitaba un sitio como ese. Su obsesión por el cuartel y la milicia no le daban recreo. Pero esa noche había aceptado la invitación de Miguel Moreira, y ahora que estaba ahí no podía echarse atrás.

El lugar era imponente. Los ventanales iban del piso al techo cubiertos por cortinados rojos y accesorios de bronce. Espejos enormes alternaban espacio con el empapelado opaco de las paredes y una araña de cristales iluminaba el centro del salón. Las mesas estaban dispuestas alrededor de un mostrador; a diferencia de otros cabarets, allí no había pista de baile.

Luego de varias obras clásicas, la orquesta de señoritas había dejado de tocar, pero continuaban de pie en línea recta sobre el escenario. Vestían de largo, con sedas brillantes y perlas al cuello. Todas llevaban una especie de turbante lleno de piedras sobre la cabeza, menos una, la pianista, que tenía el cabello al aire y en ese momento estaba ejecutando el Preludio en Mi Menor de Chopin.

Ubicado en un extremo, lejos del escenario, Perón la veía de espaldas. En medio de ese ambiente de disfraces y descaro, la música llegaba a sus oídos como un bálsamo. Las manos de ella se movían con suavidad entre las notas, acariciaban el piano y, al mismo tiempo, despertaban las fibras más hondas de los sentidos. El Preludio duró menos de dos minutos; el público en silencio no se movía. Al finalizar estalló un aplauso. Ella giró levemente el rostro, agradecida, sin levantarse de la butaca. Entonces Juan vio su perfil a través de un espejo. De líneas suaves, asomaba en medio de un mechón de pelo color arena; el gesto breve, sumiso, angelical.

A partir de ese instante, la mirada de Perón cambió de brillo.

—¿Te gusta donde te traje? —preguntó Miguel cortando de pronto el hechizo.

—¿Cómo llegaste vos acá? —se inquietó Juan.

—Por un amigo de mi padre. Es un juez que tiene buenos contactos. Siempre me decía que él me llevaría a debutar cuando yo estuviera listo. Vinimos hace más de un año, pero la del piano no estaba —dijo Moreira, que había captado el efecto en la cara de Perón.

En ese momento, las señoritas empezaron a circular por las mesas.

Miguel se puso de pie, fue hasta el lado opuesto del salón y luego de unos minutos, regresó acompañado.

Juan se paró de inmediato y apartó una silla para la joven.

—Tomá asiento —le dijo.

—Gracias —sonrió ella y se sentó.

—Encantado —le dio la mano él—, Juan Perón.

—Dasha —añadió ella con voz suave.

—¿Qué te gustaría beber, linda? —interrumpió Miguel.

—Agua con naranja y limón.

—¿Qué?

—No me gusta el alcohol.

—Vamos, nena. Alguna copa de vino, whisky, algo más divertido —insistió Moreira.

—Dejála en paz —intervino Juan—, te está diciendo que no.

—Bueno, bueno —levantó las manos Miguel—, como digan. Nada de alcohol para... Dashaaa —deslizando la última vocal con ironía.

Hablaron lo suficiente como para enterarse de que la muchacha rusa estaba en el país hacía dos años, se había quedado sin familia y vivía en la casa de citas de forma permanente.

No todas las mujeres que trabajaban allí tenían la condición de quedarse, pero Madame Trucott enseguida advirtió que Dasha sería mercancía valiosa, de las que no abundaban, de esas que los rufianes de la Zwi Migdal raptaban de los conventillos para subastar. Por eso debía asegurarla dentro de la casona. Y así lo hizo.

Miguel, que ya estaba entretenido con otra jovencita, desapareció de la mesa al poco tiempo.

—¿Dónde aprendiste a tocar el piano? —le preguntó Perón.

—Un vecino de mi padre era concertista, como él. Y además daba clases en su casa. Desde chica me mandaron a estudiar. Pero no tuve suerte. Terminé tocando acá, para hombres a los que no les interesa la música —señaló levantando los hombros con un gesto travieso.

—Yo no soy un experto en el tema —empezó Juan con una sonrisa—, aunque me gustaría que me enseñaras.

Dasha soltó una carcajada.

—No puedo enseñar música hablando —dijo—. Es un arte que se aprende con esfuerzo y estudio, no con palabras.

—Tenés razón. Pero cuando tocaste sola, sentí que había aprendido algo.

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida mientras tomaba un sorbo de agua.

—Que incluso alguien desconocido puede acariciarte el alma desde lejos.

Dasha levantó los párpados, la mirada de ambos se enredó sobre la mesa.

Se fueron hacia la planta alta. Ella no recibía clientes en su cuarto, para eso estaban las demás habitaciones. No obstante, sin saber exactamente por qué, llevó a Juan hasta su dormitorio. Era sencillo, la cama con su acolchado blanco, un *secretaire* de roble y el sillón en una esquina. Nada más.

Dasha comenzó a quitarse las alhajas de encima y estaba a punto de abrir el cierre de su vestido. Juan permanecía de pie, observándola sin moverse.

—¿No vas a desvestirte? —preguntó ella.

—Es la primera vez que hago esto —contestó él.

Dasha se sorprendió.

—Pero... yo nunca estuve con alguien...

—Virgen —concluyó Juan.

—Sí. Bueno, en realidad nunca fui la primera de nadie.

—Entonces hoy estás de estreno —agregó él acercándose un poco más, y le tomó las mejillas con las manos—. Vas a ser la primera para mí.

Juan la besó con ternura; primero los ojos, el cuello, el lunar negro, y dejó para el final los labios. Esos labios pequeños tenían sabor a frutas. Aunque no supiera cómo manejarse, ya sentía fuego entre las piernas. Se desnudó con ella y empezó a acariciarla. Continuaban de pie, descalzos sobre el suelo. Él pasó su mano por los senos, luego la deslizó en la espalda hasta tomarle la cintura. Ahí apretó más fuerte para atraerla hacia su pecho. Dasha sintió el pene duro, se puso en cuclillas y lo metió en su boca. Comenzó a succionarlo lentamente, pasó la lengua por la punta, subió y bajó por el tronco, humedeciéndolo. Juan le aferró los cabellos, empujó su rostro hasta la ingle y soltó un gemido grave. La miraba.

Ella trepó por su vientre sin dejar de besarlo, le rodeó los hombros y susurró al oído:

—Vamos a la cama.

A partir de ese encuentro, los días continuaban con el mismo rigor académico de siempre, pero las noches de descanso, en los fines de semana, comenzaron a tener un sabor diferente para la vida de Juan Perón.

El Colegio Militar seguía el modelo de capacitación prusiano y la plana mayor de instructores era de origen alemán; señores curtidos que se disfrazaban con uniformes impolutos y así contagiaban en los oficiales un estilo perfilado, lleno de misticismo, de espíritu de elite.

Perón no se identificó con un rasgo, sino con el carácter pulcro, armonioso y sin defectos que copió de sus maestros en su conjunto. La sociedad civil le ponía el toque romántico al asunto, y por ello las mujeres caían rendidas frente a la apariencia contundente de un hombre militar. Las había frágiles a sus encantos, y también quienes estaban a la caza de un castrense, movidas por las voces de madres instigadoras que mordían la libertad amorosa de sus hijas sin piedad.

Pero Dasha se había enamorado del caballero desnudo que una noche cualquiera llegó hasta el cabaret sin uniforme y la trató como a una dama, le llenó la piel de caricias y la dejó con ganas de más.

Para él, ella había sido su primera experiencia, una novedad dentro de su vida ecuánime. Una promesa. Por eso Juan comenzó a visitarla más seguido, y por eso también comenzaron los problemas para ambos.

Al principio, la presencia asidua de Perón los sábados a medianoche no inquietó a Marianne Trucott, que lo recibía con una sonrisa y le indicaba la mesa reservada a su nombre. La rusa lo calentaba y eso le dejaba más dinero a su negocio. Punto.

Pero los meses corrían y Juan no había faltado ni un fin de semana al cabaret. Dasha siempre resultaba la elegida, pasaban horas en su cuarto privado y las primeras luces de la mañana lo encontraban dormido ahí, en la casona, con ella.

Y un día Madame Trucott se enfureció.

—¿Qué viene a hacer ese cadetito que te visita?! —preguntó al abrir la puerta de la habitación de Dasha con un sacudón.

La joven, sentada frente al pequeño *secretaire*, leía con preocupación un artículo que hablaba del inminente estallido de una guerra entre las naciones de la Liga Balcánica —Bulgaria, Grecia, Montenegro y Serbia— contra el Imperio Otomano.

—Visita mi cuerpo, no a mí —mintió girando la cabeza para mirarla.

—Pero se queda durante horas, y pasa la noche aquí.

Dasha asintió sin hacer el menor gesto, como si la reflexión de la Trucott fuese el resultado de algo natural.

—¿Qué significa eso?

—Nada.

—Sabes muy bien que en esta casa están prohibidas las relaciones entre los clientes y mis mujeres. ¡Y tú eres mujer mía, de nadie más! —remarcó la dama con la cara roja de furia.

—Lo sé, Madame. Le aseguro que entre el señor Perón y yo sólo existe sexo sucio —señaló Dasha.

—¿Sexo sucio? ¿De qué hablas?

—Bueno... —pensaba la joven a toda velocidad para inventarse algo creíble—, al señor Perón le gustan algunos juegos... no sé, yo no conocía de esas cosas. Pero tuve que aprender para satisfacerlo. Es un cliente muy importante para usted, Madame. ¿Cierto?

Marionne entrecerró los ojos. Esta rusa era viva, sin embargo, no tan inteligente como para simular semejante cosa.

—Claro que sí. Imagino que te portas bien, entonces.

—Todo para que él se sienta conforme y usted esté contenta, Madame —agregó Dasha con una sonrisa complaciente.

—¿Y por qué se queda a pasar la noche contigo?

—Es que terminamos agotados. Y se duerme enseguida. Y ronca. Y a veces también tiene pesadillas. Y me da miedo despertarlo y que termine enojándose conmigo. Pero si usted quiere, yo lo hago.

Marionne frunció el entrecejo y permaneció unos segundos callada.

—No. Está bien. Déjalo dormir. Pero apenas abra un ojo, lo echas a la calle. ¿Entendido?

—Por supuesto, Madame.

La única parte cierta de aquel cuento era que Juan visitaba a Dasha todos los sábados. Porque en ese lugar, junto al cuerpo tibio de la joven más bella que había conocido, encontraba caricias.

Sus maestros prusianos imponían en la enseñanza un carácter filosófico a las actividades bélicas, como si la naturaleza del hombre estuviera diseñada para la guerra, como si el humano fuese un animal político cuya única voluntad se motivara por la confrontación armada.

En el Colegio Militar, Perón asimilaba esos conceptos que empezaron a quedar anudados a su juicio como un sello de su instrucción. Sin embargo, en la que parecía otra vida, una parte de sus ideas tenía marcada a fuego otro saber, el de su infancia en la Patagonia, el de un padre que había sido juez de paz y lo había alimentado con versos del gaucho *Martín Fierro*, con palabras que generaban rebeldía frente a las injusticias de Roca, que había asesinado al pueblo de su madre. Palabras que mostraban al hijo que la lucha se urdía entregando un pedazo de su tierra o un poco de su pan, en lugar de tomar las armas.

Fierro plasmaba la cruza entre el español y el indio, la misma sangre que corría por la estirpe de Perón y que indicaba en los ojos marchitos de Juana Sosa Toledo, su madre, cómo mira la vida el sufrimiento.

Quizás el aliento revolucionario de aquel gaucho se había constituido en un germen, en la punta del iceberg que se estaba armando en la mente llena de contradicciones del joven oficial. Su padre le había marcado el rumbo de la honradez y la justi-

cia, en cambio, en el Colegio Militar le estaban inculcando la «lucha a muerte por el puro prestigio»*

Y como ese conflicto de ideas provocaba un volcán en erupción dentro de su alma, Perón necesitaba un sitio donde serenarse, una tregua que pusiera las voces en silencio y sólo dejara hablar al cuerpo. Dasha resultó el oasis que, sin darse cuenta, él estaba buscando desesperadamente. Y en los encuentros que compartían, Juan descubría placeres nuevos, pero también ponía en reposo su cabeza.

Por su lado, ella se estaba enamorando de Perón. Era joven, sensual y estaba sola en un mundo tirano que le había arrancado las ilusiones demasiado temprano para un destino virgen. Porque un destino virgen, como el adolescente, suele estar lleno de ilusiones. En cambio, al de ella le habían dado latigazos.

De pronto, llegó él, con su porte elegante, su sonrisa fresca y su compasión. Juan percibía su dolor. Podía verlo en sus ojos desteñidos, en su andar cabizbajo, en la única lágrima que ella se animó a derramar luego de contarle cómo había llegado a parar a ese puerto. Y entonces, luego de hacer el amor, de descubrir las partes más íntimas de su cuerpo, la cubría con caricias, con besos, con afecto. ¿Cómo no iba a estar loca por él? Si Perón era, antes que nada, el sanador de sus heridas.

Algunos cadetes amigos sabían que Perón visitaba la casa de citas de la francesa y que lo perturbaba una muchacha hermosa. Hasta ahí, nada de ello era ajeno a lo permitido: los oficiales podían descargar energías en esos sitios. Punto. La milicia imponía un mandato que debían seguir como si fuera ley: las mujeres de vida fácil servían únicamente para la diversión; con ellas jamás se ponían en juego los sentimientos. Es más, los castrenses no debían ablandarse con nada que no

* En *Fenomenología del espíritu*, La Dialéctica del amo y el esclavo, de Hegel.

estuviera encomendado a la razón militar. El matrimonio era cuestión de formas para establecer familia. Los afectos estaban apresados. Sólo la causa por la Patria valía la emoción de un oficial.

Perón lo había entendido bien, y así se lo había dicho tantas veces a Moreira, cuando su amigo le advertía acerca del asunto.

—Dejate de joder con esa chica o vas a terminar perdiendo todo.

—No te preocupes, Miguel, Dasha es una buena piba. Me entretengo, nada más.

—¿Nada más? La ves todos los sábados y, además, ya tiene nombre.

Juan soltó una carcajada.

—¿Qué decís?

—Si la llamás por el nombre, algo significa para vos —agregó Moreira.

—Puede ser... —pensó Juan, y de pronto se borró su sonrisa—. De cualquier forma te voy a decir algo que espero nunca olvides: todos tenemos derecho a ser llamados por nuestro nombre. Incluso las putas.

—¡Epa, che!, te pusiste serio.

—Con eso no se jode, Miguel.

En 1913, el cadete Juan Perón egresó del Colegio Militar con grado de subteniente. Estaba entusiasmado, exultante. Su primer rumbo sería el Regimiento 12 de Infantería, a cargo del capitán Bartolomé Descalzo, en las cercanías del río Paraná.

Se había preparado durante años para eso. Los manuales que hablaban de estrategias ya le quedaban chicos; necesitaba el sabor de las prácticas, sentir cómo hervía la sangre en las maniobras. Pero antes de partir, debía despedirse de la compañera que lo había iniciado en su vida sexual, y que tanto había ayudado para que él pudiera encontrar un rato de sosiego en medio del rigor de la academia.

—Me mandan para Entre Ríos. Y no sé por cuánto tiempo —le dijo una vez que terminaron los jadeos y el cuerpo desnudo de Dasha se acomodó a su lado.

Juan miraba el techo; ella bajó los párpados encerrando una lágrima. El silencio los tapó como una manta que protege cuando la piel tiembla por el frío. En este caso, toda ella temblaba por un nuevo abandono.

—¿No vamos a vernos más? —se animó Dasha luego de unos minutos.

Él giró la cabeza; quedaron recostados frente a frente. Le tomó la cara, le pidió que abriera los ojos y le dijo:

—Hace casi dos años que te visito. Me enseñaste a usar mi cuerpo, a disfrutar del tuyo y además, fuiste sincera conmigo, me regalaste tus emociones. — Las lágrimas de ella comenzaron a caer sin control por las mejillas—. Toda mi vida voy a estar agradecido por eso. Pero soy un militar, y mi sueño es llegar a ser un conductor. No puedo quedarme, tengo que seguir mi destino. No sé si voy a volver, no quiero prometerte lo que no tengo certeza de cumplir.

Dasha se cubrió la cara con sus manos y Juan la acercó hasta su pecho. La dejó ahí, quieta por un rato, sin molestarla, para que ella descargara su dolor.

En la mente fresca, inocente, dañada, de esa joven extranjera, él la había protegido, le había hecho sentir que podía volver a confiar y que también podía volver a querer. No obstante, a pesar de sus cuidados, de su trato gentil, de las confidencias que suelen ocurrir entre los amantes, a pesar, incluso, de haber dormido enredados durante varias noches, él nunca le había prometido un amor.

Aunque Dasha no lo supiera, Perón tenía una especie de conciencia muda que animaba sus actos, como si el fuego que corría por su sangre lo empujara hacia una meta que hasta el momento desconocía, y a la cual no estaba dispuesto a renunciar.

Las maniobras militares no resultaban tarea fácil de cumplir. Para 1914, impusieron a los oficiales el entrenamiento en unos campos inundados por lluvias que no pararon de caer durante días. Los regimientos debían pasar noches a la intemperie, sin poder comer ni dormir bien; tenían que soportar duras jornadas en pésimas condiciones. Trabajaban desde las cinco de la mañana hasta la puesta del sol. Estaban famélicos y exhaustos.

Una tarde, el subteniente Perón se mostró furioso.

—¡No podemos tolerar que falten alimentos a nuestros hombres, ni que duerman en barracones sucios, húmedos, llenos de lodo! —estalló ante el teniente Lino Montiel.

—¿Qué vamos a hacer entonces, negarnos a las prácticas y formar parte de los flojos? ¿Quiere que se burlen de nosotros? —se inquietó el oficial.

—Con su permiso, mi teniente, cuidar de nuestra gente no nos hace flojos, al contrario. La gente merece ser tratada con respeto. Y respetar las condiciones humanas de un subordinado, significa, ante todo, tenerlo en cuenta. De esta manera, se lo acerca más a los fines del mando. ¿Cómo vamos a contagiarle confianza a alguien que sólo tiene la cabeza puesta en el ruido que le hace el estómago por el hambre? «Para vencer un peligro, suele servir la confianza que el hombre tiene en sí mismo». No hay otra.

—Me está citando a *Martín Fierro* —captó Lino al escuchar la última frase.

—¿Quién mejor que él para mostrar cómo debe llevarse uno con la vida? Con su permiso, voy a hablar con los muchachos y que se arremanguen: vamos a construir refugios para evitar que el agua nos llegue al cuello. ¡Ah!, también voy a hacerles traer varias bolsas de maíz para no quedarnos sin comida. No soporto ver el dolor que aparece cuando tienen el estómago vacío.

Rezagado, Bartolomé Descalzo, su jefe, animó una sonrisa hacia los labios. Miraba la escena desde un rincón en penumbras. Perón ayudaba a sus oficiales como nadie, en las dificulta-

des con las tareas y también en cuestiones personales, evitaba imponer sanciones excediendo los mandatos de la milicia y así, de ese modo inusual y generoso, se ganaba el afecto de su gente. Para Descalzo, Perón se estaba convirtiendo en uno de sus mejores oficiales, y lo hinchaba de orgullo. Para Juan, el capitán representaba temple, sabiduría, la palabra justa, el ideal a conquistar. Era, quizás, un reflejo del padre que había quedado lejos; por eso el cariño se agrandaba cada día. Y también la admiración.

En 1916, el Regimiento 12 de Infantería donde prestaba servicio se trasladó de Paraná a Santa Fe. Allí, el subteniente Perón mostró con más énfasis el pulso que su corazón marcaba desde niño.

La gente lo recibió con afecto, como la mayoría de las veces que se paseaba con sus oficiales por las provincias. Pero esta vez, ese afecto le venía prestado de antaño.

El doctor Tomás Liberato Perón, su abuelo, había fundado el primer hospital de sangre* en esas tierras, y el pueblo tenía memoria y lo adoraba. Tomás se había graduado en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, aunque sus conocimientos y su trabajo no quedaron circunscriptos ahí; solía pasearse por diferentes lugares, ir más allá de los límites porteños, siempre con el afán de sanar. En su expresión cotidiana aparecía tallado el sufrimiento que veía en los enfermos, y eso le producía más dolor. Fue médico cirujano en la batalla de Pavón y durante más de veinte años dictó clases de Química en la universidad. Cuando la fiebre amarilla se convirtió en epidemia, Tomás Liberato Perón no huyó de la Capital como habían hecho algunos colegas; en cambio, prestó servicio en la ciudad y por ello fue coronado con el título de Benefactor de Buenos Aires. Todos le tenían respeto, adoración. Era un hombre de ciencia bondadoso y excéntrico: contaba con la colección de

* Hospital que se ubica cerca de un campo de batalla para recibir a los heridos.

rosas más completa de Sudamérica. Más tarde, se radicó en la localidad de Ramos Mejía donde continuó consagrado a la medicina hasta su fallecimiento.

A pesar de no haberlo conocido, el joven Perón, su nieto, llevaba en los hombros ese pasado de lucha, de grandes maestros, el flujo de aquella sangre inquieta que solía estar del lado de quienes sufren. Y de ese modo, sin saberlo, debido quizás a la continuidad del linaje, a un lazo secreto que viaja a través del tiempo y la memoria, los ojos de Juan reflejaban la mirada nostálgica de su abuelo, y trazaban un destino que, aunque desde otro lugar, intentaría el mismo norte que había buscado Don Tomás Liberato.

Por entonces, Hipólito Yrigoyen estaba a la cabeza de la primera presidencia surgida de elecciones sin fraude. No gobernó para los obreros, sin embargo en un principio tuvo el apoyo de los trabajadores. Pero el país se encontraba revolucionado producto de la onda expansiva generada por la Guerra Mundial en Europa. Llegó la crisis económica que afectó al comercio exterior, generando huelgas e inflación. Las demandas de los pobres encontraron respuesta en las organizaciones gremiales que crecieron a grandes pasos.

El presidente tomó una actitud esquivada frente a los militares, recortó presupuesto para armamento y de esa manera les dio la espalda.

En aquel marco de convulsión, un movimiento huelguista comenzó en los establecimientos de La Forestal, empresa británica que producía toneladas de extracto de quebracho colorado, de cuyo tronco se extraía tanino para exportar a Inglaterra. Con él, se curtía el cuero de las botas de soldados enviados a las trincheras. Los obreros se negaron a continuar trabajando en las condiciones de miseria a las que eran sometidos. Como se produjeron enfrentamientos con la policía privada de la empresa, el Ejército fue llamado para poner orden.

El capitán Descalzo envió con instrucciones de paz al reciente ascendido teniente Perón, al frente de veinte hombres, a uno de esos poblados de la región chaqueña.

Cinco mil trabajadores habían quedado a la deriva esperando que alguien los escuchara. Hacía más de un mes que carecían de víveres y agua potable debido a que la fábrica había dispuesto el cierre de las bombas. Se estaban muriendo de a poco.

Allí había grupos anarquistas a quienes Descalzo detestaba. Pero el capitán también aborrecía a los señores feudales subordinados a la corona británica, a quienes sólo les interesaba someter a los peones para explotarlos. No obstante, Descalzo sabía que tampoco debía ponerse en contra de las autoridades que buscaban frenar el conflicto. Y Perón se había transformado en un oficial inteligente y estratega, sensible a las demandas de los obreros, pero con mucho conocimiento del rigor militar.

El teniente no se hizo repetir la orden y se apersonó en el local de los huelguistas vestido de uniforme, pero sin escoltas ni armas. Indicó a sus hombres que esperaran afuera. Entró solo. Los empleados quedaron mudos al verlo llegar, ese «milico» en medio de su asamblea los dejó sorprendidos. Algunos obreros se miraron sin comprender qué sucedía y le exigieron que se marchara; otros, empero, advirtieron el gesto amable del oficial que los saludaba uno a uno, estrechaba las manos con afecto y los miraba de frente mientras caminaba hacia el centro del salón.

—Trabajadores —inició Perón de repente—, sé que no debe de ser fácil para ustedes sentir a un militar como un amigo.

En ese instante el murmullo cesó.

—Les pido solamente una cosa para empezar esta relación: confíen en mí. Necesito de su confianza. Apenas me enteré de todo esto, decidí venir desde muy lejos porque me interesa lo que les pasa. Y quiero dar mi mejor esfuerzo para ayudarlos, porque lo que ustedes están sufriendo, créanme, yo lo siento en el corazón. Pero primero debo saber qué les sucede. ¿De dónde viene tanta rabia?

Los hombres se miraron sin entender. Era la primera vez que un militar les dirigía la palabra con buenos modos y, sobre todo, les hablaba de corazón... Estaban azorados. En las miradas se fueron apagando las primeras chispas de furia. Las bocas quedaron abiertas; era difícil hablar pues algunas emociones nuevas, que rozaban la calidez, se mezclaban con la impotencia por esa situación apremiante que los dejaba indefensos frente a los opresores. Estaban llenos de angustia, de enojo, de frustración.

—Los suyos, los policías y los soldados, nos apalean con violencia —se animó a gritar uno, rompiendo el silencio con intención—. Persiguen a nuestras mujeres y a nuestros hijos como si fueran delincuentes. Nos tratan como perros. Ni siquiera nos permiten andar por el pueblo en libertad para evitar cruzarse con nosotros. Nos ignoran, como el amo ignoraba al esclavo en época de la esclavitud.

—Nos cortaron de cuajo, señor —soltó otro con lágrimas en los ojos, más afectado por la pena que el arretrato. Tenía las manos duras, con esas venas marcadas de quien se esfuerza para llevar el pan a su familia—. No podemos alimentar a nuestra gente. Nos estamos muriendo de hambre.

Al teniente Juan Perón se le humedeció la mirada. Un latido sacudió al medio su pecho erguido. Era la misma sensación que había tenido aquella tarde, cuando su padre le explicó por qué debían dar sus abrigo a los pobres. No había vuelto a sentirlo desde ese momento. De pronto, vino a su mente la imagen frágil de Dasha, su humillación, su desgracia. Recordó su cara llena de lágrimas, clavándole culpas por abandonarla sin demasiada excusa. Y ahora estaba ahí, con esos obreros también abandonados por otra desgracia, la impuesta por hombres de cuello estirado que no tenían más que un apellido importante y el patrimonio heredado sin honor. Como si la vida lo hubiese llevado desde la cama de Dasha directamente hasta esa asamblea, para comprender mejor la miseria de un país que desbordaba de vacas y, sin embargo, mataba a su pueblo de hambre.

Por unos segundos se quedó sin habla. Intentaba despejar emociones para acomodar mejor las ideas. Frunció el entrecejo que en general mantenía blando, y se dirigió hasta la salida. Desde la puerta se oyó su voz mucho menos amable que de costumbre.

—¡Vayan ahora mismo a poner en funcionamiento las bombas de agua y rehabilitar el almacén que provee de alimentos! —ordenó a sus soldados—. ¡Asalten el lugar, si es necesario, así tengan que derribar la puerta! —les gritó.

De inmediato volvió al centro para hablar con la gente. Su expresión se modificó al instante: relajó el ceño y apareció de nuevo la sonrisa. Las palabras parecían intentar un abrazo, como si al cambiar de interlocutor su voz se hubiera suavizado.

—Trabajadores, desde ahora, ustedes pueden pasar por donde les dé la gana. Pueden usar el mismo camino que los soldados, y además, anden con la frente alta. Les aseguro que ellos no volverán a faltarles el respeto —sonrió—. Y también quiero pedirles que me busquen cuando les pase algo. No importa lo que sea, vengan de vez en cuando a conversar conmigo. Sin miedo, por favor se los pido. Yo necesito saber de ustedes, y quiero que ustedes sepan de mí. Espero que no olviden mi nombre: me llamo Juan Domingo Perón.

Se despedía con una proclama que los incitaba a vivir libres, pero además con un pedido de cariño y de recuerdo.

Al retirarse, dejó una ola de aplausos a sus espaldas. Sus pasos no sólo marcaban la salida de ese pequeño local asambleísta; estaban delineando las primeras huellas de un rumbo que lo conduciría a la victoria. Su comprensión, el trato suave y, sobre todo, la sensibilidad por los desposeídos, habían cautivado a esos obreros que hasta entonces no lo conocían. Pero él sabía que quedaban millones más.

Por primera vez, Perón tuvo plena conciencia de las heridas que provocaba la injusticia, de la cantidad de pobres que habitaban el suelo de un país rico. Y en ese momento, como si una voz le hablara desde lejos, allí donde la historia familiar

plantó semilla, donde el recuerdo aparece disfrazado en alguna experiencia de la vida adulta, balbuceó una frase mientras se marchaba:

«Mi causa será la causa de este pueblo».